

El Triunfador

Norberto Treviño / Facultad de Medicina



Epigrafe

Tengo treinta y dos años. En mi primera juventud quise ser escritor, ensayista. *La experiencia se adquiere tarde, la influencia es temprana.* Mi padre era abogado y por lo tanto, ahora también lo soy. Es más sencillo —dijo— aprender leyes, reglamentos y darles el giro conveniente en provecho propio para ganar dinero, que manejar pensamientos inútiles y escribirlos bien.

Soy casado, ¿por amor? El mes de diciembre próximo pasado cumplimos seis años. En ese lapso hemos procreado un hijo. Pudimos haber tenido uno o dos más, pero soy universitario y el planear la familia es una necesidad actual. Quizá dentro de un par de otoños decidamos producir otro. Los niños son jefes, arrogantes, se bastan a sí mismos cuando se les educa con tino y propiedad. No es justo traer más hijos a este mundo. Aquellos que lo hacen son unos ignorantes.

¿Problemas económicos?

No, carezco de ellos. Gano suficiente dinero que me permite vivir bien. Sin embargo en ocasiones, cuando pienso en mi valía, creo que no me pagan suficiente, siento que me explotan, que me desplazan. Pronto se darán cuenta de que les soy demasiado útil y me harán justicia, pero... las envidias siempre existen. En fin, creo que la voy pasando bien, hasta con ciertos lujos.

Tengo mi casa propia. A decir verdad solamente una recámara y la mitad del comedor me pertenecen, el resto de la construcción aún es propiedad

del Banco Sin Riesgo, S. A. En diez años más la habré pagado y entonces será totalmente mía. Dos automóviles último modelo —la presencia y la presentación son factores de éxito—. Uno de ellos pronto acabaré de pagarlo y del otro he dado el enganche. También tengo un pequeño *bungalow* en el puerto de Acapulco en donde disfruto de mis vacaciones dos veces al año. La primera con mi familia, que me ayuda a fabricar túneles de arena y a coleccionar conchitas de mar. Con el fin de descansar acostumbramos acostarnos a las nueve de la noche. La segunda es con mis amigos y a veces *amigas*. Tratamos en esta ocasión de coleccionar romances y sólo logramos crudas que nos estropean el estómago y la conciencia.

Pertenezco al Club 20-30 y esto da motivo a que cada dos meses me reúna con camaradas de *degeneración*. Cenamos opíparamente, bebemos como césares, vemos algún *show* y terminamos la farra en los burdeles.

Soy de los que a fuerza de oírlo —mi padre vivió dentro del presupuesto— se expresan maravillosamente de nuestros gobernantes y de la Revolución de la cual emanaron (?). Sin embargo, como en todo, existen excepciones; como aquel compañero fósil bueno para nada, que se pegó a las valencianas de un *monstruo sagrado* y llegó a diputado. ¡Estamos jodidos! Creo, pues así lo demuestra nuestra *prensa libre* que somos un país vanguardista y en constante progreso. Pronto alcanzaremos un sitio preponderante dentro del concierto de los países desarrollados y además con la buena ventura de no padecer ninguna de las taras sociales como son, a manera de ejemplo, el fascismo o el racismo. Pienso, con mi esposa, que el servicio doméstico es cada vez más difícil. Las indias escasean cada vez más y las pocas que aún quedan creen merecer más dinero. A ese paso en poco tiempo exigirán ser afiliadas al Seguro Social. No les basta con dormir bajo nuestro mismo techo y gozar de la ropa que ella, mi esposa, les regala año con año casi nueva.

En resumen, formo parte activa de un país en desarrollo que se apoya en su útil democracia dirigida. Por ella hemos logrado una envidiable estabilidad política. El apoyo económico extranjero que cada minuto es más fluido y seguro, es consecuencia de lo anterior. El crecimiento industrial y el reparto agrario son un hecho, una realidad, ahora en 1967. Aquel o aquellos que cooperan, que respetan el orden, que obedecen, que no preguntan, triunfan. Yo soy uno de éstos, ¿entonces?, con mi juventud, mis ideas, mi carrera, mi obediencia, ¿puedo considerarme un triunfador? Por supuesto, yo he triunfado en la vida y me doy 10 años de plazo para pasar del éxito al poderío.

Trabajo las primeras seis horas de la mañana en una compañía constructora que funciona con capital mexicano —25%— y extranjero —75%—. Mi sueldo es de cinco mil pesos, estoy cierto de que nunca me pagarían la misma cantidad en una enteramente nacional. Sin embargo, si aspiro a un aumento debo aprender a hablar inglés —la lengua del presente y del futuro— con soltura y como mínimo a leerlo. Debido a ello mi hijo estudiará en una escuela bilingüe. En dicha corporación desempeño mis labores en el Departamento Jurídico y mi principal función consiste en *correr* legalmente a cuanto trabajador no conviene a sus intereses y también si es posible a tratar de lograr que su indemnización sea reducida al mínimo, cuando por ignorancia o falta de interés no apelan a sus derechos. Para mí todo esto es sencillo, conozco uno a uno los rincones de este laberinto legal. Además tengo suficiente experiencia en el manejo de esta gente, pues por las tardes, de cuatro a seis aproximadamente, minuto más minuto menos, trabajo en el sindicato que tiene afiliadas a estas personas —la mayoría son indios pata-rrajadas—. El proceso según el hombre puede ser sencillo o complicado, pero en la generalidad de las ocasiones les convencemos para que mejor renuncien sin recibir nada o parte muy escasa; de lo contrario los amenazamos con *problemas legales*. Estas palabras son de fuerte impacto psicológico y en muchas ocasiones con sólo escucharlas huyen tan rápido como sus mu-

grosas y agrietadas patas se los permiten. Después llegamos a un *arreglo* con los dirigentes de la negociación, que yo mismo concedo y así gano por las dos partes. El lado enfadoso del asunto está en las constantes altas y bajas reglamentarias al Seguro Social. Sin embargo si se sabe uno mover, aquí también se obtienen algunos días a favor de la compañía, cuando al registrar a los de nuevo ingreso lo hacen semanas después. Si algún inspector nos descubre la maniobra, con cien o doscientos pesos se le cohecha fácilmente.

Por último en las tardes, cerca de las seis, ya anocheciendo, atiendo mi propio negocio en donde por un buen dinero —tengo muchos compromisos—, le doy padre al que no tiene, deshago matrimonios *incompatibles*, demuestro inocencia en el culpable y *libero* de responsabilidades a los que no sabiendo sus alcances persiguen vanas ilusiones —casas, coches, elementos de trabajo, etcétera— que al no poder pagar no cumplen su compromiso y así tenemos que recogerles sus haberes o en su defecto embargarles alguna



propiedad como pago de los daños y perjuicios. Esta gente inculta; gastan el doble de lo que ganan.

Después de treinta días como éste, de trabajo intenso y grandes preocupaciones, en mi cartera de ejecutivo dinámico se encuentran de ocho a diez mil pesos, según sea un mes malo o uno bueno.

Mis diversiones favoritas son el fútbol, la televisión, las viejas y el cine sin problemas. Me fastidian y deprimen las películas con temas psicológicos —tan de moda en la actualidad— o con mensaje. No las entiendo, algunas de ellas me parecen fantasía o mariguanadas. Leo poco, mi trabajo que es agotante me lo impide. Los domingos de vez en cuando, cuando logro levantarme temprano, abro las páginas de alguna novela policiaca o del Oeste que por ser triviales me facilitan el descanso mental. Si bien en ocasiones sólo lo obtengo al escuchar música clásica popular.

Sí, creo que he logrado triunfar en la vida; no tengo problemas mayores y tampoco a nadie se los produzco. Luego entonces ¿qué sucedió esa tarde? Quizá fue un sueño, pero una mala divagación. Sin embargo, para recordarme que no lo fue, tengo aquí mis manos que al convertirse en garras han dejado de serlo y al contemplarlas no obstante el miedo, no sudan y así me parecen otras no las mías. Sí, garras de metal que se propaga día a día a lo largo de mis brazos, a lo ancho de mi epidermis, amenazando convertirme en . . . No entiendo lo que pasó . . . ¿o es que definitivamente sucedió?

Hasta entonces todo había sido tal y como lo he narrado. En las últimas semanas trabajé arduamente y gané un pleito de tipo legal a unos ejidata-

rios flojos y muertos de hambre que no trabajaban su tierra. El resultado de mis gestiones fue su entrega inmediata a una compañía constructora de automóviles y motores industriales que la utilizarían para levantar la planta. Era en bien del país, que necesita industrializarse. Yo gané seis mil pesos pero también momentos agrios y palabras duras —injustamente me llamaron traidor— quizá por ello había recrudecido en mí aquel viejo e inoportuno dolor gástrico. Una úlcera, enfermedad de hombres importantes. Sí, mi estómago era presa desde hacía varios años de sus líquidos y ácidos que a la larga le produjeron una llaga y mi subconsciente, no tan victorioso y obediente; sino rebelde, inconforme se acoplaba con ella a manera de aliado. Yo era el que recibía el castigo. El dolor era terco y alucinante . . . y alucinante fue lo que me sucedió aquel día, cuyo amanecer fue bañado por la luna y el anochecer dominado por el sol.

No recuerdo ahora por qué esa tarde no pude disponer de mi coche y mi mujer se encontraba fuera de casa. Desde la primera ocasión y cada vez



que aparecía el dolor, denunciante, gozoso, tenía necesidad de aplacarlo, de vencerlo con la ayuda médica; 150 pesos era el precio, ni un centavo menos, si quería que aquel médico, el mejor, me atendiera, brindándome su curación. No hace mucho tiempo, en uno de mis periódicos ataques acudí a él, pero únicamente llevaba cien pesos y, parece mentira, tuve necesidad de firmarle un pagaré. La época del apostolado ya terminó. Claro que pertenezco a la Seguridad Social, tan adelantada en mi patria, pero también considero que sólo es para el populacho, no para mí. Además la curación es más efectiva y rápida si se compra, como todo. Así se estila en la actualidad —a cambio de esto me das aquello— y todos contentos, cuando puede suceder así. ¿La humanidad? Bah, desde hace mucho ocupa un segundo sitio o quizá un tercer plano. Ahora lo importante son las cifras y las estadísticas: el nacimiento número cinco de la enferma de la cama 22; el enfermo dieciocho no tiene nada, está neurótico; el que ocupa la cama cuatro en cualquier momento se quiebra, etcétera.

Pues bien, aquella tarde que parecía madrugada por lo sin color que se encontraba su cielo, después de averiguar, no recuerdo con quién, la esquina correcta y de esperar infructuosamente un coche de alquiler, abordé por fin un camión; pero ahora recuerdo que no era un camión común, que no era un autobús corriente. Éste apareció espontáneamente, sin previo acercamiento; brillante, reflejando los haces que aún se encontraban hiriendo la transparencia; oscuro, confundiéndose con lo confuso del horizonte; viejo, nuevo como la existencia; semejante a uno que en mi infancia soñaba

con frecuencia. Recuerdo cómo el de mi sueño me devoraba a través de unas enormes fauces de acero y así me convertía en su hijo a imagen y semejanza, pero en pequeño y como si le debiera la vida me obligaba a rodar sin parar, sin parar... no merecía descansar. Cuando la angustia rompía con aquello y despertaba, acudía a mis padres y muchas veces los encontraba riñendo, y clavándome mi miedo regresaba a mi lecho...

Al verlo momentos antes no recapacité y sólo extendí mi pesada manasa y le hice la parada o más bien creo que se detuvo a mi lado, justo para abordarlo. Estaba ahí como si una fuerza superior y extraña me lo hubiera enviado. Subí sin resistencia una a uno sus tres escalones, cerrando en seguida su puerta detrás de mí. Una vez en su interior quise ver a través del espejo retrovisor si alguien más ocupaba el interior del vehículo y sólo alcancé a ver parte del paisaje como si las paredes del mundo se hubieran corrido y sólo estuviera observándolo a través de un carril. Un ardor vehemente ascendió a lo largo de mí y se depositó en mi cuero cabelludo y por debajo de éste. Al mismo tiempo algo se soltó dentro del tórax, sí, del mío que me parecía otro y lo golpeaba sin misericordia. Con la frente empañada por dicho ardor y adolorida por aquellos golpes, dirigí mi vista hacia el volante y no existía, así como tampoco chofer alguno. Por fin mi mirada decidida recorrió el espacio comprendido entre aquellas paredes y allá en el fondo vi a un hombre o a algo que lo parecía, que me sonreía y con señas me invitaba a tomar asiento a su vera. Desconcertado aún quise llegar a él cuando aquello que parecía un autobús inició de nuevo su marcha, tal y como lo hubiera hecho un autómata gobernado por su amo. Ya más cerca de aquel sujeto, el calor y los golpes aumentaron y tuve miedo. Me quise volver, pero él me extendió su mano y al ofrecérmela apretó la mía con fuerzas no lastimeras y me atrajo hacia él. Al verlo ya de cerca no supe si soñaba o deliraba a causa de mi mal. Aquella sensación de frialdad, de dureza que sentí al contacto con su mano se explicaba ahora fácilmente. Estaba conociendo a un hombre de metal que parecía desear mi amistad. Eso creí yo.

Adivinando mi sorpresa, reconociendo mi pavor, me invitó de nueva cuenta a sentarme a su lado y dirigiéndose a mí con palabras iguales a las mías, quiso tranquilizarme utilizando frases amables, amigables y sin lograrlo me aseguró que todo trascurría bien. Mi intención primera fue abandonar aquel sitio, pero él me pidió casi lastimeramente que le acompañara. Enseguida calló y así permanecemos sin hablar un tiempo, no sé cuánto duró. Yo sólo tenía ojos para su lámina, repulsiva, pero dominante. Afuera, la calle se encontraba desierta, sin vida. Presté atención pues desconocía aquello. Los edificios eran todos sumamente altos, rectangulares la mayoría, contruidos a base de líneas rectas y aerodinámicamente audaces. El piso, afuera no era de asfalto, parecía más bien una plancha de acero o de alguna aleación resistente, encima de la cual nos deslizábamos rápida, vertiginosamente. Durante el tiempo que duró ese silencioso lapso no logré visualizar ningún otro vehículo, a pesar de que estuve pendiente. Éramos dueños de la pista metálica. No se oía nada. Existía un vacío que penetraba directamente en mi oído como mil campanas de cobre cuyos badajos martillaban incesantemente mi cerebro, logrando abatir mi sentido.

Por fin, como si le hubiesen concedido permiso, áspero, empezó a hablar de nueva cuenta. En un principio no le entendí, aunque hablaba igual a mí, pero después su discurso fue semejante al que yo o alguien como yo hubiera dicho. Para entonces el espacio disponible en aquel medio de transporte había sido ocupado por sujetos idénticos a él. Todos callaban, pero atentos le parecían escuchar. Quizá esperaban algo o probablemente le vigilaban. Acaso hasta cierto punto no se explicaban lo que cerca de ellos sucedía. En ese momento rompió el mutismo en que se encontraba y deshilvanó las siguientes palabras a manera de relato: Comenzó diciendo que él trabajaba en una factoría que manufacturaba máquinas —pero comple-

tamente *desmaquinizadas*— planeadas para proponer y resolver el problema de la sobrepoblación mediante el control del pensamiento. Él era —me dijo— el encargado de doblar la varilla que gobernaba el raciocinio hasta conseguir un ángulo obtuso previamente establecido. Explicó que gracias a esos artefactos la población mundial no se había incrementado en los últimos diez años. Sin embargo —a mí me pareció extraño—, manifestó preocupación por el futuro de la humanidad (?), sin *autómatas* que consuman la producción, que además año con año era mayor. También creía que dichos implementos se retirarían del mercado por la misma razón y balbuceó que de suceder, el peligro de la disminución de la jornada de trabajo de veintidós a veinte horas era muy grande.

Entonces al oír aquello, el temor primero que me hacía trasudar desapareció y en su lugar la indignación apareció. Ya no pude permanecer callado, eso era demasiado.

—¡Veintidós horas de labores!, ¿pero cómo es posible que lo hagan tantas? —repliqué—, ¿pero cómo es posible que lo acepten?, eso es inhumano, no se resiste, y ¿el descanso?

De lo que parecía su boca salieron ruidos que anhelaban semejar risa, pero eran ruidos tristes y después agregó:

—Nosotros trabajamos veintidós horas continuas, sin descanso, sin reposo. En ese lapso no escuchamos una sola voz amigable. Al inicio de las labores únicamente recibimos en clave las órdenes de empezar, igualmente, como si se apretara un botón recibimos la de suspender. En ocasiones, cuando la demanda es mayor, es necesario trabajar horas extras y así estamos ocho, diez días haciéndolo continuamente. Y ustedes —me preguntó— ¿laboran tanto como nosotros o más? ¿Cuántas horas deben hacerlo?

—Nosotros gozamos de derechos y leyes que nos defienden contra el abuso de patrones y jefes. Nuestra jornada no puede exceder las ocho horas y si así sucede es porque nosotros lo queremos y además nos pagan doble. Por otro lado disponemos de vacaciones y de numerosas prestaciones; antigüedad, jubilación, def . . .

—¿A cambio de qué?, volvió a preguntar, interrumpiéndome.

—A cambio de nada, son las conquistas del hombre a través de su historia; igualdad y justicia para todos, repliqué.

—Ah, eso es; entonces todos los hombres como ustedes trabajan sólo ocho horas y reciben a cambio la misma cantidad de dinero. Todos son iguales, existe la justicia, conservan su libertad.

—Bueno, no es así exactamente, a pesar de ello existen todavía clases económicas, hay gente que gana escasamente o nada y otros que reciben mucho o todo. Pero nuestra dignidad de hombres libres está asegurada, nos respetamos unos a otros. La diferencia estriba en el tipo de trabajo, en la preparación que logre cada quién. El negociante, el industrial, el banquero, el patrón, ganan mucho; en cambio el obrero, el campesino, el asalariado reciben poco y algunos apenas comen.

—Igualdad y justicia para todos ¿no es así? ¿La ley castiga a sus infractores con el mismo rigor, o existe la libertad bajo fianza?

—Sí, existe; ¿pero a qué viene eso?

—¿Ésa es su justicia, ésa es su libertad? No amigo mío, están ustedes equivocados, me refutó casi a gritos. Los están engañando. A nosotros, después de muchos, pero de muchísimos años de vida semejante a ésa, nos confiaron la verdad. No señor, no descansamos porque simple y llanamente no experimentamos fatiga. No merecemos reposo, no les conviene, a los dirigentes, a los industriales, a los patrones que también existen entre nosotros. Pero hay una diferencia, a nosotros nos hablaron con la latigante verdad. O nos enfrentábamos al trabajo como simples máquinas o nos moríamos de hambre. Nunca nos prometieron igualdad, sólo dinero . . . dinero. En un principio fue algo semejante a la privación física de la libertad. Un deseo de morir que cubría la atmósfera nos embarazaba. Preñez involuntaria. Liber-

tad impedida. Pero la recompensa en dinero que era alta, nos ablandaba, es decir, nos endurecía y aquella situación punto menos que bestial se fue incorporando a un subconsciente blindado por dinero. Nuestra mente se materializó al igual que nuestra alma y nuestro cuerpo como espejo de ella, se reflejó. "El caudal ocupa la mente de los hombres. A nosotros nos poseionaba por completo." Fuimos mutando poco a poco al recibir más y más gaita. Noté enseguida cómo ya no podía tomar decisión alguna; lo intenté. Esfuerzo fútil. Ellos saben que pugné por hacerlo, pero el deterioro era completo. Las órdenes empezaron a llegar puntuales, frías e inviolables. Quise liberarme y así fue cómo por unos segundos desprecié su dinero. Demasiado tarde, no era ya posible. Recuerdo aquella ocasión que como última quise pensar, discernir en lo que era mi ser, en lo que me estaba transformando, en mi situación. Lo único que logré con aquella actitud fue un terrible escarmiento. Redujeron a doce mis horas de trabajo y en consecuencia mi salario numerario disminuyó. Por lo tanto, decidí, fue mi última oportunidad, no volver a inquietarme por mi alma, por mi persona, era inútil, habían acabado con ella, la compraron y la quemaron, ya no existía, era tan inservible como un cerillo encendido en medio de una deslumbrante y soleada mañana.

Después el proceso enajenante, humillante continuó su avance. Perdimos toda afectividad; los hermanos, los padres, los hijos, dejaron de serlo y paulatinamente, sin apreciarlo se fueron transformando en elementos de competencia situados en un sitio en donde lo único valedero era vencer. Así, poco a poco advertí que mi piel que era suave, opaca, elástica y bella, contraía un brillo y dureza semejantes a un rayo de luna, a un haz de luz opaco capturado en una prisión humana y era convertido en eslabones que reforzaban el claustro. Mi propio y particular encierro hecho de fierro. De metal es. De metal son los objetos inanimados. Posteriormente y ya sin causarme extrañeza, aquello tan humano y consciente, la angustia, no pude percibirla más, ya no me pertenecía. La ansiedad tan antigua como la mente. La mente tan vieja como el ser.

Después enmudeció, cerró su boca al igual que dos pequeñas puertas blindadas que herméticamente impiden la salida de todo, hasta de ideas y pensamientos. Por mi parte aproveché la tregua ofrecida, ocasional o voluntaria, para proceder a ordenar mis ideas y emociones y extrañamente no me fue posible hacerlo. Únicamente recuerdo que aún no daba crédito a lo que sucedía y recordé cómo al principio de nuestra singular conversación, él, al iniciar su plática con palabras iguales a las mías, explicó su tipo de trabajo, su preocupación por algo que de suceder iría en perjuicio de su mundo y naturalmente de él. Temía asimismo la reducción de las horas de trabajo. Es decir, con esa actitud manifestaba padecer incertidumbre y desosiego no obstante que lo había negado. Sí, eso lo descubría, a pesar de todo mantenía ciertos rasgos de humanidad, aún . . .

—No, está usted equivocado, me respondió adivinando mi pensamiento. Mi humanidad ya no existe. Creo que he hablado claro; nos fue arrebatada. La vendimos y con ella la libertad, pero ya no es necesaria, a cambio de ello tenemos dinero que compra todo, o casi todo. Ya me había olvidado, pero . . . sucedió que al verlo a usted en aquella esquina, tan blanco, frágil; con esa piel suave, humana, pensé ridículamente que todavía podríamos discurrir en algo de salvación, aunque sea un tercio de ella o un quinto. Pero cuando le tuve cerca, cuando vi sus manos retorné a mi realidad y pensé que usted fuera una alucinación, un sueño, pero un mal sueño . . . debido a ello le invité a pasar . . . mi lámina recuperó cierta suavidad, pero seguramente me humillarán por mi flaqueza.

Cerró nuevamente sus puertas, que parecían ser lo único que le comunicaban con la vida y no volvió a emitir sonido. Recapacité y mi mente consideró que quizá ese mutismo era su condena.

El silencio absoluto que siguió hirió mi tímpano por segunda ocasión.

Al cabo de cierto tiempo, poco a poco el interior de aquello como autobús fue quedando vacío, hasta que él, formando parte de su engranaje, abandonó también el vehículo. Yo así lo hice segundos después y al salir sentí en mi cara una extraña sensación terrestre, una especie de golpe en la mejilla. Volví a sentirme tan solo y absurdo como cuando llegué a este mundo. Al poner el primer pie en tierra todo cambió; como por encanto aparecieron el ruido, la confusión, el interés y mis semejantes. Intranquilo, busqué a aquellos seres y a todos los vi iguales. Una vez que con mis primeros pasos la plancha metálica fue cinta de asfalto, reconocí el sitio en que me hallaba y caminé lentamente en busca de la calle en que mi médico tenía su consultorio.

El doctor me recibió a la hora convenida, aunque por culpa mía con un poco de retraso. Habló conmigo las palabras convenidas y después de haberme escuchado con cierta paciencia; treinta minutos de ellas, ni uno más, pues se encontraba ya enfadado y molesto por el tiempo perdido —el siguiente paciente se encontraba ya en la sala—. Me cobró los ciento cincuenta pesos convenidos y me citó sin fundamento para el día siguiente; seguramente su presupuesto había sufrido. Extrañamente en esta ocasión no había tomado notas, sus manos las tuvo siempre debajo de la mesa, como ocultándolas. Al salir y despedirnos, estrechamos nuestras diestras y ya sin sorpresa es escuchó en todo el mundo el esclavizante ruido que como el cruce de dos cadenas produjimos.

De regreso a mi casa, en esta ocasión a bordo de un automóvil de alquiler, olvidé aquello que me había ocurrido. Quise hacerlo así porque no entendí o no quise entender su significado. Pensé que seguramente no lo tenía y nuevamente dediqué mi inteligencia a aquel negocio que de triunfar me dejaría una ganancia de dos mil pesos; con ellos es necesario que compre entre otras cosas aceite para máquinas; mis brazos al balancearse colgados a ambos lados de mi cuerpo rechinan moleestamente . . .

